

- *Domingo 20 del tiempo ordinario (2013). Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda? (Lucas 12, 49). El fuego que Jesucristo ha traído a la tierra es símbolo de la acción del Espíritu Santo que nos hace partícipes de la vida divina. El Espíritu Santo purifica las conciencias (corazones). La conciencia es «la propiedad clave del sujeto personal». Las raíces del pecado y de los desequilibrios (injusticias, etc.) en el mundo proceden de los desequilibrios en el corazón humano. Los condicionamientos de la libertad de la conciencia. El hombre, aunque ha sido redimido y le ha sido dado el Espíritu, puede volver a ser «carne»: puede ser dominado por el propio egoísmo. Por «carne» se entiende el hombre natural, decaído, irredento, dominado por el propio egoísmo que pone todo, idolátricamente, en referencia a sí mismo. La moral cristiana es el modo «connatural» de actuar del hombre «espiritualizado», de quien ha llegado a ser, en el Espíritu, «otro Cristo». No es una moral de esclavos, no consiste en un conjunto de normas éticas impuestas desde fuera. El creyente es llevado a vivir según la lógica de la «nueva vida en Cristo» (cf. Efesios 4,17-30) y a tener los «sentimientos de Cristo». La vida del cristiano tiene la experiencia de la derrota y del pecado. El Espíritu solicita el arrepentimiento y concede el perdón de los pecados, y tiene el poder de renovar la vida divina, especialmente en el sacramento de la penitencia.*

- ❖ Cfr. 20 tiempo ordinario ciclo C 18 de agosto de 2013
Lucas 12, 49-53; Hebreos 12, 1-4; Jeremías

Lucas 12, 49-53: 49 Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda? 50 Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡cómo me siento urgido hasta que se lleve a cabo! 51 ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino división. 52 Pues desde ahora, habrá cinco en una casa divididos: tres contra dos y dos contra tres, 53 se dividirán el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.

EL FUEGO QUE JESUCRISTO HA TRAÍDO A LA TIERRA ES SÍMBOLO DE LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO QUE NOS HACE PARTÍCIPIES DE LA VIDA DIVINA

“Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda? (Lc 12, 49)

1. El símbolo del fuego

- Se trata de un símbolo que emplea el Señor para revelar su deseo de dar su vida por amor a los hombres.
- ❖ Ya en el AT simboliza la soberana intervención de Dios y de su Espíritu, para purificar las conciencias, los corazones.
 - El fuego “simboliza ya en el AT (ver Isaías 1,25; Zacarías 13,9; Malaquías 3,2-3; Sirácida 2,5etc.), la intervención soberana de Dios y de su Espíritu para purificar las conciencias” (Biblia de Jerusalén Mt 3,12). El fuego purifica los corazones.
 - Tiene valores comunes con el agua.
 - ❖ En el Catecismo de la Iglesia Católica
 - o **La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo.**
 - **Simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo.**
 - n. 696 - El fuego. Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que "surgió como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (Si 48, 1), con su oración,

atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. 1R 18, 38 - 39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, "que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), anuncia a Cristo como el que "bautizará en el Espíritu Santo y el fuego" (Lc 3, 16), Espíritu del cual Jesús dirá: "He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (Lc 12, 49). Bajo la forma de lenguas "como de fuego", como el Espíritu Santo se posó sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (Hch 2, 3 - 4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. San Juan de la Cruz, Llama de amor viva). "No extingáis el Espíritu" (1Ts 5, 19).

o El Espíritu Santo transforma en Vida divina lo que se somete a su poder, nos hace partícipes de la vida divina.

- n. 1127: « (...) Como el fuego transforma en sí todo lo que toca, así el Espíritu Santo transforma en Vida divina lo que se somete a su poder».
- Cfr. nn. 1987-1989. «Por el poder del Espíritu Santo participamos en la pasión de Cristo, muriendo al pecado y, en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su cuerpo que es la Iglesia (cf. 1 Corintios 12), sarmientos unidos a la vid que es él mismo. La tradición de la Iglesia llama a esta obra santificadora del Espíritu "divinización" o "deificación", expresión, esta última, usada especialmente por la tradición del cristianismo oriental que la enlaza expresamente con la acción del Espíritu Santo.»¹
- Dos textos, de San Ireneo y San Josemaría, sobre el hombre espiritual².

❖ Juan Pablo II, Catequesis, 17 de octubre de 1990

o Fuente de calor; fuerza que destruye; fuego purificador que expresa la exigencia de santidad y de pureza que trae el Espíritu de Dios.

- **El fuego del amor de Dios que "ha sido derramado en nuestro corazones por el Espíritu Santo" (Romanos 5,5).**

• «Sabemos que Juan Bautista anunciaba en el Jordán: "Él (o sea, Cristo) os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt 3, 11). *El fuego es fuente de calor y de luz, pero es también una fuerza que destruye.* Por esto, en los evangelios se habla de "arrojar al fuego" al árbol que no da frutos (Mt 3, 10; cf. Jn 15, 6); se habla también de quemar la paja con fuego que no se apaga (Mt 3, 12). El bautismo "en Espíritu y fuego" indica *el poder purificador del fuego*: de un fuego misterioso, que expresa la exigencia de santidad y de pureza que trae el Espíritu de Dios.

¹ Cfr. *El Espíritu del Señor*, BAC, Madrid 1997, cap. VIII: El Espíritu en la vida del cristiano, pp. 137-169.

- **Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1987**: La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos "la justicia de Dios por la fe en Jesucristo" (Rm 3, 22) y por el Bautismo (cf Rm 6, 3 - 4):

"Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rm 6, 8 - 11).

- **n. 1988**: Por el poder del Espíritu Santo participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia (cf 1Co 12), sarmientos unidos a la Vid que es él mismo (cf Jn 15, 1 - 4):

"Por el Espíritu Santo participamos de Dios. Por la participación del Espíritu venimos a ser partícipes de la naturaleza divina... Por eso, aquellos en quienes habita el Espíritu están divinizados" (S. Atanasio, ep. Serap. 1, 24).

- **n. 1989**: La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del evangelio: "Convertíos porque el Reino de los Cielos está cerca" (Mt 4, 17). Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. "La justificación entraña, por tanto, el perdón de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior (Cc. de Trento: DS 1528).

²- «La unión del alma y de la carne, recibiendo el Espíritu de Dios, constituye al hombre espiritual», afirma San Ireneo (*Contra las herejías*, V, 8,2), concepto que se encuentra todavía más explícitamente en la misma obra: «Estos son los hombres que el Apóstol llama espirituales (I Cor 2, 15; 3, 1), siendo espirituales gracias a la participación del Espíritu, no gracias a la privación y eliminación de la carne» (*Contra las herejías*, V, 6,1).

- *Es Cristo que Pasa*, 103: *Cristo vive en el cristiano*. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redundará en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa. *Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como las primicias de los difuntos; porque así como por un hombre vino la muerte, por un hombre debe venir la resurrección de los muertos. Que así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15, 20-21).*

Jesús mismo decía: “*He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!*” (Lc 12, 49). En este caso se trata del fuego del amor de Dios, de aquel amor que “ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Rm 5, 5). Las “*lenguas como de fuego*” que aparecieron el día de Pentecostés sobre la cabeza de los Apóstoles significaban que el Espíritu traía el don de la participación en el amor salvífico de Dios. Un día, santo Tomás dirá que la caridad, el fuego traído por Jesucristo a la tierra, es “una cierta participación del Espíritu Santo” (*participatio quaedam Spiritus Sancti: Summa Theologiae*, II-II, q. 23, a. 3, ad 3). En este sentido, el fuego es un símbolo del Espíritu Santo, Persona que es Amor en la Trinidad divina».

❖ Juan Pablo II, Catequesis, 6 de septiembre de 1989

o **Un medio usado por Dios para purificar las conciencias (corazones).**

- “El vínculo entre el Espíritu Santo y el fuego se ha de colocar en el contexto del lenguaje bíblico, que ya en el Antiguo Testamento presentaba el fuego como el medio usado por Dios para purificar las conciencias (cf *Isaías* 1, 25; 6, 5-7; *Zacarías* 13, 9; *Malaquías* 3, 2-3; *Sirácida* 2, 5, etc.)”. (...)

o **Purifica a los hombres bien dispuestos, y quema “la paja con fuego que no se apaga” a todo aquel que no se ha dejado purificar.**

- Juan el Bautista proclamaba «que si con el fuego del Espíritu el Mesías iba a purificar a fondo a los hombres bien dispuestos, recogidos como “trigo en el granero”, sin embargo quemaría “la paja con fuego que no se apaga”, como el “fuego de la gehenna” (cf. *Mt* 18, 8-9), símbolo de la consumación a la que está destinado todo lo que no se ha dejado purificar (cf. *Is* 66, 24; *Jdt* 16, 17; *Si* 7, 17; *So* 1, 18; *Sal* 21, 10, etc.)».

❖ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 19:

o **El Espíritu Santo es esa potencia interior que armoniza los corazones de los fieles con el corazón de Cristo**

(...) Al morir en la cruz - como narra el evangelista -, Jesús «entregó el espíritu» (cf. *Juan* 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. *Juan* 20, 22). Se cumpliría así la promesa de los «torrentes de agua viva» que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. *Juan* 7, 38-39). En efecto, **el Espíritu es esa potencia interior que armoniza** su corazón con el corazón de Cristo y **los mueve a amar a los hermanos** como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. *Juan* 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. *Juan* 13, 1; 15, 13).

2. La importancia de la conciencia (corazón) en el hombre

o **a) La conciencia es «la propiedad clave del sujeto personal».**

- Juan Pablo II, Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 43: «El Concilio Vaticano II ha recordado la enseñanza católica sobre la conciencia, al hablar de la vocación del hombre y, en particular, de la dignidad de la persona humana. Precisamente *la conciencia* decide de manera específica sobre esta dignidad. En efecto, la conciencia es «*el núcleo más secreto y el sagrario del hombre*», en el que ésta se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo. Esta voz dice claramente a «los oídos de su corazón advirtiéndole ... haz esto, evita aquello». Tal capacidad de mandar el bien y prohibir el mal, puesta por el Creador en el corazón del hombre, *es la propiedad clave del sujeto personal*».

- **Aunque no es una fuente autónoma y exclusiva para decidir lo que es bueno o malo.**

Pero, al mismo tiempo, «en lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer».¹⁶⁵ La conciencia, por tanto, *no es una fuente autónoma* y exclusiva para decidir lo que es bueno o malo; al contrario, en ella está grabado profundamente *un principio de obediencia* a la *norma objetiva*, que fundamenta y condiciona la congruencia de sus decisiones con los preceptos y prohibiciones en los que se basa el comportamiento humano, como se entrevé ya en la citada página del *Libro del Génesis*.¹⁶⁶ Precisamente, en este sentido, la conciencia es el «sagrario íntimo» donde «*resuena la voz de Dios*». Es «la voz de Dios» aun cuando el hombre reconoce exclusivamente en ella el principio del orden moral del que humanamente no se puede dudar, incluso sin una referencia directa al Creador: precisamente la conciencia encuentra siempre en esta referencia su fundamento y su justificación.

¹⁶⁵ Const past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 16.

¹⁶⁶ Cf. Gén 2, 9. 17.

o **b) Las raíces del pecado y de los desequilibrios (injusticias, etc.) en el mundo proceden de los desequilibrios en el corazón humano.**

- Juan Pablo II, Enc. Dominum et vivificantem, n. 44: De este modo se llega a la *demonstración de las raíces del pecado* que están en el interior del hombre, como pone en evidencia la misma Constitución pastoral: « En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro *desequilibrio* fundamental que hunde sus raíces *en el corazón humano*. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente *hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo* » (Const. Pastoral *Gaudium et spes*, 10). El texto conciliar se refiere aquí a las conocidas palabras de San Pablo (Cf. *Romanos* 7, 14-15.19).

o **c) Los condicionamientos de la libertad de las conciencias**

- Se ve necesaria la acción de ese fuego purificador de las conciencias/corazones si se tienen en cuenta los condicionamientos de la conciencias, admitidos universalmente: salud, enfermedad, hábitos, temperamentos, ignorancia, pasiones, dificultades patológicas, violencia, etc.

3. **La lucha contra la «carne» para conseguir el «fruto» del Espíritu**

Cfr. *El Espíritu del Señor*, BAC Madrid 1997, cap. VIII, El Espíritu en la vida del cristiano, pp. 137-169

❖ a) El hombre, aunque ha sido redimido y le ha sido dado el Espíritu, puede volver a ser «carne»: puede ser dominado por el propio egoísmo. Vive su condición filial solamente gracias a la intervención del Espíritu. La contradicción entre «carne» y Espíritu.

o **Por «carne» se entiende el hombre natural, decaído, irredento, dominado por el propio egoísmo que pone todo, idolátricamente, en referencia a sí mismo**³.

Este proceso de purificación cumplido en el Espíritu es llamado en las cartas a los Gálatas (cf. 5,13.16-18) y a los Romanos (cf. 8,1-12) *lucha contra la carne*. Aunque, de hecho, el hombre ya ha sido redimido y el Espíritu ya le ha sido dado, sin embargo permanece en él la triste posibilidad de volver a ser *carne*, es decir, hombre natural, decaído, irredento, dominado por el propio egoísmo que pone todo, idolátricamente, en referencia a sí mismo. El Espíritu Santo, entonces, ayuda al creyente a liberarse de esta radical fuerza negativa, lo hace capaz de adherirse a la ley fundamental de la vida, que consiste en abrirse a Dios y a los hermanos, orientando la propia existencia según los criterios del amor. El cristiano, que está «llamado a la libertad» (Gál 5,13), puede permanecer en esta gloriosa condición filial sólo gracias a la intervención del Espíritu, garantía y principio activo de su libertad. He aquí el motivo de la exhortación de San Pablo a «caminar según el Espíritu», a «dejarse guiar por el Espíritu»: «Os digo, pues, andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal, que no hacéis lo que quisierais. Pero si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley» (Gál 5,16-18). Es conocido que la contradicción entre carne y Espíritu está dentro de cada fiel; él es ya hijo de Dios y tiene el Espíritu, pero persisten en él posibilidades nefastas y centrífugas - las obras de la carne, que son: «fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, envidias, rencores, rivalidades, partidismos, sectarismos, discordias, borracheras, orgías y cosas por el estilo» (Gálatas 5, 19-20)- capaces de devolverlo a la vieja condición de esclavitud y sofocar las obras del Espíritu.

³ También se puede decir que la «carne» designa el hombre en su condición de debilidad y de mortalidad, de fragilidad.

- ❖ b) La moral cristiana es el modo «connatural» de actuar del hombre «espiritualizado», de quien ha llegado a ser, en el Espíritu, «otro Cristo». Los frutos del Espíritu.
 - o **No es una moral de esclavos, no consiste en un conjunto de normas éticas impuestas desde fuera. El creyente es llevado a vivir según la lógica de la «nueva vida en Cristo» (cf. Efesios 4,17-30) y a tener los «sentimientos de Cristo».**
 - El Espíritu abre al hombre a la lógica del Sermón del monte y de las Bienaventuranzas, en cuya perspectiva será fácil servir a Dios «en Espíritu nuevo, no en la letra vieja» (Romanos 7,6). En este caso el *fruto del Espíritu* resplandecerá en la vida del cristiano auténtico, el fruto original y esencial que es el *ágape-amor* cristiano: «la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Romanos 5,5).

La moral cristiana, por el contrario, no es una moral de esclavos, no consiste en un conjunto de normas éticas impuestas desde fuera, sino que es el modo «connatural» de actuar del hombre «espiritualizado», del creyente que ha llegado a ser, en el Espíritu, «otro Cristo», llevado a vivir según la lógica de la «nueva vida en Cristo» (cf. Efesios 4,17-30) y a tener los «sentimientos de Cristo» (Filipenses 2,5). De esta manera, el Espíritu abre al hombre a la lógica del Sermón del monte y de las Bienaventuranzas, en cuya perspectiva será fácil servir a Dios «en Espíritu nuevo, no en la letra vieja» (Romanos 7,6). En este caso el *fruto del Espíritu* resplandecerá en la vida del cristiano auténtico, el fruto original y esencial que es el *ágape-amor* cristiano: «la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Romanos 5,5). El don del Espíritu es, por tanto, el germen de una vida moralmente armoniosa que el cristiano está invitado a realizar, caracterizándola como vida animada por el Espíritu. Las diversas manifestaciones que signan la vida del cristiano no son otra cosa que la irradiación del don original y fundamental, que es la caridad. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, sirviéndose de la *Vulgata*, explica y enumera los *frutos* del Espíritu: «Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Gálatas 5,22-23 *Vulgata*)» (n. 1832).

- ❖ c) La vida del cristiano tiene la experiencia de la derrota y del pecado. El Espíritu solicita el arrepentimiento y concede el perdón de los pecados, y renueva la vida divina.

- o **Solicita el arrepentimiento y concede el perdón de los pecados**

La vida en Cristo, el «caminar en el Espíritu» no siempre está coronado por el éxito; más bien, el cristiano con frecuencia tiene la experiencia de la derrota y del pecado. Pero es aquí precisamente cuando el Espíritu no abandona al creyente e interviene con dulzura para levantar a quien ha caído y ponerlo de nuevo en camino, solicitando el arrepentimiento y concediéndole el perdón de los pecados: una consoladora verdad que la Escritura y la Tradición de la Iglesia atestiguan abundantemente. (...)

- o **Tiene el poder de dar y renovar la vida divina, especialmente en el sacramento de la penitencia.**

El Espíritu, por tanto, no sólo mueve al cristiano a arrepentirse, sino que tiene el poder de dar y renovar la vida divina, además de perdonar los pecados cuando existe arrepentimiento, especialmente en el sacramento de la Penitencia. Este sacramento no es el resultado de un mecanismo absolutorio, sino un prodigio de conversión que sólo el Espíritu puede realizar y que se puede verificar en tanto el sacerdote como el penitente estén invadidos por el Espíritu Santo. Es El quien cumple todo esto, creando y donando el «corazón nuevo», instaurando una nueva condición en el amor hacia Dios y de aceptación de su voluntad.